Veinticinco años de la muerte de Antonio Machado

El 22 de febrero de 1939, en la modesta pensión de la familia Bougnol-Quintana, en el pueblecito marino y francés de Colliure, murió Antonio Machado, uno de los más altos espíritus que nuestro país ha dado al mundo. Su figura de poeta y pensador se agiganta cada día. Su figura de hombre es aún más gigantesca. En esta página se habla de este hombre con amor. En ella se quiere transmitir al lector unas noticias y unas sugerencias y consideraciones para que por su cuenta se acerque a la obra y a la persona de don Antonio Machado, y teniendo diálogo con él crezca en su hombría y en su amor a España, a los hombres, a la belleza, a la inteligencia, a la justicia. Antonio Machado es catedrático de todos estos saberes. Sobre todo del saber de la bondad. Para todos cuantos le trataron o son capaces de hacerse cargo de su alma, Machado es, ante todo, "don Antonio el Bueno". Son pocos los seres humanos cuya memoria logra ser tan pura.

PEQUEÑA BIOGRAFIA DE ANTONIO MACHADO

Los hermanos Machado

1875 El 26 de julio de este año nace don Antonio Machado Ruiz, segundo hijo de don Antonio Machado Alvarez, abogado, licenciado en Letras y gran especialista en cuestiones folklóricas, y de doña Ana Ruiz, una muchacha sevillana que un día conoció el joven escritor a orillas del Guadalquivir en medio de un gentío enorme que había acudido a ver unos delfines que arrastrados por la marea habían llegado hasta allí.

En 1875 los Machado vivían en el Palacio de los duques de Alba llamado de las Dueñas y alquilado a un grupo de familias, en ausencia de sus propietarios. El abuelo de nuestro poeta, el doctor Antonio Machado Núñez, había estudiado medicina con el doctor Orfila en París y había traído de allí a la capital andaluza buen número de nuevas técnicas científicas y un gabán blanco que admiraba a los sevillanos. Había sido rector de la Universidad y gobernador civil en el Gobierno Provisional de Prim y en los azarosos tiempos del bandolerismo andaluz que combatió duramente. También había fundado con Fernando de Castro la «Revista de Filosofía y Ciencias» y todo ello hacía ahora que, en plena restauración borbónica y con Orovio el viejo perseguidor de los intelectuales liberales en el Ministerio de Instrucción, la vida del doctor Machado no fuera fácil precisamente.

Los primeros años de su infancia asiste nuestro poeta a la escuela de un tal señor Sánchez, una escuela privada, dado el enorme descrédito en que han caído las escuelas oficiales dependientes de los Municipios y caciques, pero pronto el doctor Machado será nombrado catedrático de Madrid y el padre de nuestro poeta cree que encontrará también mayores posibilidades en la Corte y allí se dirige toda la familia Machado.

1883 La familia habita un piso de la calle de Claudio Coello y el padre y el abuelo de Antonio deciden que todos sus hijos sean educados en la «Institución Libre de Enseñanza» y allá va Antonio con sus ocho años. Guardará toda su vida un tierno recuerdo para sus maestros y unas categorías de valores nada despreciables: sentido de la tolerancia, respeto hacia los demás y amor al trabajo.

1893 El padre, don Antonio Machado Alvarez, que había partido para Puerto Rico con el fin de trabajar y allegar fondos al presupuesto familiar en franca bancarrota, vuelve de allí enfermo y muere en Sevilla adonde ha salido a recibirle la madre, doña Ana. Antonio no volvería a ver a su padre y su abuelo iba a morir dos años más tarde. Con su hermano Manuel comienza a frecuentar todas las tertulias literarias de Madrid y sobre todo la casa de don Eduardo Benot un antiguo ministro de Educación de la Primera República que sería un padre para los hermanos Machado, Manuel, Antonio, José y Joaquín, llenos de dificultades económicas.

1898 Este año sobreviene el desastre colonial de Cuba y Antonio Machado ve realizadas las profecías de sus maestros sobre la España arruinada por sus sueños coloniales, sus sistema de castas, su injusticia, sus viejas estructuras. Es una España que bosteza de aburrimiento y vacío y tristeza y Antonio sueña una España nueva de fraternidad y limpieza.

1899 Marcha a París donde le ha precedido su hermano Manuel con un trabajo de traductor en la editorial Garnier. En París conoce a Oscar Wilde ya anciano y amargado, a Gómez Carrillo, a Rubén Darío, a Pío Baroja. Francia arde en las controversias del asunto Dreyfus y Antonio toma partido, naturalmente, por el militar judío, falsamente acusado.

1903 Tras varias idas y venidas de Francia a España donde el modernismo en poesía está triunfando en toda regla y a cuyo triunfo colabora en seguida Antonio Machado, por estas fechas ya se encuentra en la patria y ha publicado sus primeros poemas: «Soledades».

1907 Gana una cátedra de francés en el Instituto de Soria y llega a la pequeña ciudad el 4 de mayo, pero el 7 son ya las vacaciones veraniegas y Machado se despide hasta otro curso. Marcha a las tertulias madrileñas. Pero ya no volverá a ellas en mucho tiempo.

1908 Vuelve don Antonio a Soria a su modesta pensión de la calle de los Estudios. La hija de la dueña de la pensión Leonor ha venido de un pueblecito donde vivía con unos parientes y llena de alegría con sus quince años la pobre casa y el alma del poeta.

1909 A fines de julio de este año las campanas de Santa María la Menor suenan para anunciar el matrimonio de Leonor Izquierdo Cuevas y Antonio Machado. Los novios parten en viaje de bodas para Barcelona, pero al llegar a Zaragoza se enteran de que las comunicaciones ferroviarias están cortadas. Es la llamada Semana Trágica de Barcelona. Entonces toman un tren para el Norte y pasan el verano en Fuenterrabía.

1910 Machado hace una excursión en septiembre de este año al lugar del nacimiento del Duero. Un campesino le cuenta la tremenda historia del asesinato de un padre por sus hijos. Constituirá más tarde el poema, de «La tierra de alvar González». En Navidad Leonor y Antonio están en París y Machado acaba «La tierra de Alvar González».

1911 En París la tarde del 14 de julio, fiesta nacional de la República francesa, Leonor cae repentinamente enferma. Tiene una grave hemoptisis. Antonio se lanza a la calle en busca de un médico y no encuentra sino una ruidosa alegría por todas partes, una alegría indiferente para su dolor. Por fin, a la mañana siguiente, puede transportar a Leonor al sanatorio de Saint-Denis. En esta clínica pasarán todo el verano hasta septiembre, que vuelven a Soria.

1912 En junio aparece, «Campos de Castilla», que Machado comenzó a escribir en 1907. El 1 de agosto muere Leonor. Algún tiempo después escribía a Unamuno: «El golpe fué terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad». Antonio Machado no se repuso nunca de esta pérdida.

1913 Naturalmente Machado no puede soportar los recuerdos de Soria y marcha de catedrático a Baeza, un poblachón andaluz donde se hunde en lecturas, en meditaciones, en amor a los hombres más miserables, acompañado por su madre siempre. Pasa también el tiempo en la tertulia de rebotica y sigue escribiendo o mirando la lejana sierra, apoyado en su cayada. Recorre Andalucía. Por fin tiene que abandonar Baeza. En las luchas sociales y políticas ha tomado partido.

1919 En este año se traslada a Segovia después de haber solicitado inútilmente Salamanca o Alicante. Es incapaz de intrigas e incapaz de buscar recomendaciones, y en España se mueven casi todas las cosas por estos dos caminos. Se aloja en una pequeña pensión de la calle de los Desamparados. Su habitación mira al Guadarrama. Está atestada de libros y calentada por una estufa de petróleo, pero el poeta, que es muy descuidado, tiene que desistir de usarla porque un día está a punto de quedar asfixiado. Los sábados toma el tren para Madrid. No puede faltar a la tertulia del café «Europeo», de la Glorieta de Bilbao. Funda en la ciudad castellana la Liga de los Derechos del Hombre y toma notas para lo que más tarde será su «Juan de Mairena». Colabora en «Revista de Occidente» y publica más poemas: «Canciones del alto Duero» en 1922, «Nuevas canciones» en 1924, etc.

1927 Es elegido miembro de la Real Academia Española, de la que nunca formaría parte. No le interesaba. Pero comenzó a escribir un magnífico discurso de ingreso.

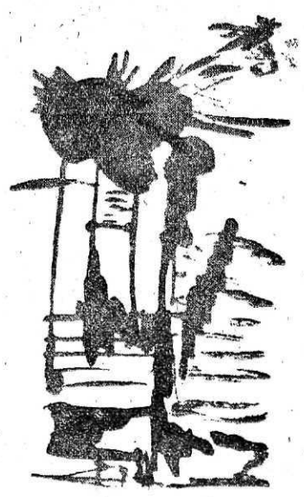
1928 Segunda edición de sus «Poesías completas». La primera edición databa de sus años de Baeza.

1932 Don Antonio es nombrado para el Instituto de Calderón de la Barca de Madrid, a donde marcha a vivir, en el número 4 de la calle del General Arrondo. Asiste a las tertulias con los amigos, pero evita las tertulias de moda de exquisitos intelectuales. Colabora en «El Sol», que publica su «Juan de Mairena», aparecido en volumen más tarde.

1936-1939 La guerra civil española. Machado queda del lado republicano, primero en Madrid y luego en Barcelona. Colabora en periódicos y revistas, como «Revista de las Españas» y «Hora de España», etc.

1939 El 27 de enero pasa don Antonio Machado su última noche bajo un techado español en el poblado pirenaico de «Max Faixat». Acompañado de su madre, de un grupo de intelectuales amigos, de cientos de miserables gentes que huían, don Antonio llegó a la frontera francesa enfermo de asma y cansado, agonizando por dentro. Se explicó al puesto de guardia fronterizo francés quién era Machado y la Comisaría puso a su disposición un coche hasta Cerbere. Allí no encontró alojamiento en parte alguna y Machado y su madre tuvieron que dormir en un vagón de ferrocarril, bajo una lluvia torrencial. Unas horas antes habían aceptado un poco de pan y queso para alimentarse. De todos modos no quiso marchar a París: todavía le atormentaban los atroces días que allí había pasado Leonor años atrás.

Quedó hospedado en Colliure, en la pensión Quintana, donde madame Quintana le prodigó toda suerte de cuidados, así como a su madre. Don Antonio estaba tan débil que para atravesar la plaza hasta la pensión, tuvo que tomar un taxi. Sin embargo, se rehizo un tanto y pudo pasear junto al mar. Incluso soñaba en trabajar. Pero el 15 de febrero volvía a recaer en su pulmonía para no levantarse más. Murió el día 22. Dos días antes que su madre. Un puñado de españoles, en exilio como él, le bajaron a la tumba. España perdía uno de sus hombres más nobles.



LA FE DE ANTONIO MACHADO

¿POR qué esta unanimidad de críticos, que han abordado el tema religioso en Machado, para declarar al poeta laico y arreligioso? Serrano Poncela dice que tratar de hallar un sentimiento religioso en Machado es tratar de buscar tres pies al gato, un afán imperialista de querer bautizar a todo el mundo en esta España de hoy. Aranguren dice que Machado fué siempre el hombre laico de la Institución Libre de Enseñanza. Tuñón de Lara que solamente en los momentos que sucedieron a la muerte de su mujer se puede hallar en Machado una resonancia religiosa. Laín Entralgo le califica de agnóstico, aunque admite luego que en el hondón de su alma vive una profunda preocupación religiosa. Aurora de Albornoz contrapone, en fin, la ausencia de creencia de don Miguel de Unamuno a la fe en el hombre de Antonio Machado. Pero leyendo a Machado y viéndole vivir, no me resigno a una conclusión como ésta.

Por supuesto que el misterio íntimo de un corazón humano no le sabremos jamás, pero creo percibir demasiados latidos cristianos en el corazón de Machado para poder aceptar su laicismo o su agnosticismo sin más. Comencemos por analizar la influencia de la Institución Libre de Enseñanza sobre el pequeño Machado. Aranguren cita como tal influencia desde su amor por el paisaje castellano aprendido de don Francisco Giner, quizás sentado a la mesa camilla de su casa madrileña, desde donde se divisaba el Guadarrama, hasta las categorías y hábitos mentales y morales de don Antonio: la bondad laica, la seriedad ante la vida, el amor al trabajo, la valoración de la vocación y su entendimiento, en fin, de la historia española como un conflicto entre dos Españas. Y añade Aranguren que el camino de la vida de don Antonio "empezó para la religión con mal pie. Peor que irreligioso, laico".

Ahora bien, el laicismo de la Institución Libre de Enseñanza es, por lo menos, problemático, como ha demostrado su mejor conocedor, Mons. Pierre Jobit. Los krausistas españoles son "católicos auténticos, pero persuadidos de la imposibilidad de conciliar la religión positiva, en la que habían nacido, y la ciencia a la que con fervor de neófitos se entregaban ciegamente... El Krausismo, bajo la apariencia de una filosofía, se presenta en realidad como una nueva religión en la que Dios y el mundo, si no se identifican, se acercan de manera inquietante... Esta nueva religión es más bien "la irreligión del porvenir", un culto rendido por católicos descaminados a la ciencia, a la humanidad con ayuda de un ritual donde subsisten auténticas supervivencias del lenguaje cristiano... Los krausistas españoles constituyen la vanguardia del extenso movimiento modernista que la Iglesia hubo de condenar en los primeros años del siglo XX". De modo que el krausismo español se nos presenta más bien como una heterodoxia cristiana y no como un perfecto laicismo y Machado cuando mucho un heterodoxo, no como un puro agnóstico. En él nace y agoniza la fe como en cada creyente, según podemos comprobarlo en cada verso que le brota del corazón: versos de un atroz escepticismo:

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

versos de rebeldía auténticamente religiosa:

Señor, ya me arrancaste lo que yo [más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón [clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra [la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón [y el mar.

versos de simple y feliz comprobación de su práctica religiosa al lado de Leonor:

En Santo Domingo,
la misa mayor.
Aunque me decían hereje y masón,
rezando contigo,
¡cuánta devoción!

De todos modos hay un cierto laicismo tan respetuoso y abierto al universo de lo religioso que no está muy lejos de él: el laicismo del hombre que se toma tan absolutamente en serio lo religioso que su laicismo mismo es una decisión religiosa de su conciencia. Cuando muere Valle Inclán en 1936 escribe: «Olvidemos un poco el lado anecdótico de su vida para fijarnos en este gesto, profundamente religioso a mi entender, que tuvo antes de morir: exigir de los suyos que le enterrasen civilmente. Eran pocos los que lo esperaban. Allí, en aquella admirable ciudad de Compostela con su Catedral, su capítulo y su arzobispo, el botafumeiro..., ¡qué magnífico marco para el entierro de Bradomín! Pero Valle Inclán, el santo inventor de Bradomín, se debía a la verdad más que a las invenciones de su fantasía. Y sus últimas palabras, ¡con qué impaciencia de poeta y de capitán las pronunció!: ¡Cómo tarda esa! (la muerte). ¡Ah, qué maravilloso fué don Ramón en el supremo momento de que habla Manrique!» (1).

La honradez de estas líneas no puede menos de halagar a un cristiano: son la más profunda comprensión de la seriedad y el compromiso de la fe y la denuncia de un cristianismo folklórico que era —y no sé en qué medida no lo sigue siendo— el de miles de españoles de aquella época: un catolicismo nada religioso, sin conciencia de compromiso, sin la lucha de las dudas y sin el incendio del amor, lleno de ventajas sociales y hasta económicas y estéticas. ¡Cuántos hombres, efectivamente, confunden la fe cristiana con las emociones líricas, las grandes ceremonias y los consuelos, con la eliminación pura y simple de toda angustia por el más allá y de toda lucha en el más acá del mundo que hay que construir para los hombres!

En tiempo de Machado, además, el creyente arquetipo y oficial era don Guido, un señor

de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero,
de viejo gran rezador.
... ...
Gran pagano,
se hizo hermano
de una santa cofradía;
el Jueves Santo salía
llevando un cirio en la mano,
—¡aquel trueno!—
vestido de nazareno.

O también:

Este hombre del casino provinciano
que vió a Cara-ancha recibir un día,
tiene mustia la tez, el pelo cano,
ojos velados de melancolía.

Versos que García Blanco ha puesto en paralelo con estos ótros de don Miguel:

Este hombre del chorizo y de la [siesta,
que va de fiesta en fiesta,
el de la buena hembra y la bandu- [rria,
el que ahoga su murria
jugando al monte;
este hombre del chorizo,
el que adora a Belmonte,
es el castizo.

Y desgraciadamente el "católico"; persona de orden, enemigo de toda reforma social cuanto enemigo de verdaderos problemas religiosos, amigo de faldas y vistosas demostraciones folklóricas, no cree en el fondo, pero siente una indecible emoción en las comuniones, las bodas o los entierros solemnes. Y juega con Dios a la sucia jugada del "por si acaso": ni aventura la fe, ni la incredulidad.

Pero cuando nos preguntamos por la incredulidad de un hombre como Antonio Machado tenemos que hacernos también otra tremenda pregunta, tenemos que preguntarnos por esa conspiración de los deficientes cristianos que hacen todo por desacreditar al cristianismo o no hacen nada por dejar de desacreditarlo. Naturalmente que había cristianos auténticos en tiempos de Machado, pero el tono espiritual general del catolicismo patrio era ciertamente bajísimo; éste parecía confundirse con la más acendrada hipocresía y con la defensa pura y simple del orden social más injusto. "Aquellos hombres

jóvenes que habían visitado poco el extranjero —escribe Mons. Jobit sobre las primeras generaciones krausistas— «eguían viendo a la Iglesia Católica a través de la intransigente camarilla eclesiástica de Palacio, del alto clero algo envanecido por un saber de escuela sin gran valor real y del menesteroso clero de los pueblos: los auténticos valores —que los había— desaparecían en el conjunto". Unos años más tarde el panorama no ha cambiado. El P. Oromí escribe, a propósito de la crisis religiosa de Unamuno, que en aquella España sólo podía contemplarse una «religión decadente virtualmente practicada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debían enseñar... Lo clerical y lo eclesiástico estorbábanles (a estos hombres como Machado o Unamuno) más que los mismos dogmas". Así escribe Machado a Unamuno desde Baeza en 1913: "Esta Baeza que llaman Salamanca andaluza tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de Segunda Enseñanza y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos... Es infinitamente más levítica y no hay un átomo de religiosidad... El clericalismo español sólo puede indignar seriamente a quien tenga un fondo cristiano... Hablar de una España católica es decir algo bastante vago. Es evidente que el Evangelio no vive en el alma española, al menos no se le ve por ninguna parte" ¡Qué obsesiva preocupación la de Machado por un cristianismo evangélico y qué aborrecimiento del aristotelismo que tantas veces ha enterrado a Cristo, según sus palabras! ¡Qué indignación cristiana la suya ante el solo pensamiento de que se pueda rezar un "Te Deum" para celebrar una victoria guerrera! ¡Qué indignación ante el señoritismo, ese racismo anticristiano como todos los racismos! ¡Qué indignación ante todos los que apodan masa al hombre pobre y desvalido! ¡Qué amor por el hombre y su dignidad cristiana! ¡Cuántas palabras cristianas en fin ha pronunciado este hombre! ¡Qué valoración cristiana de acontecimientos, hombres o problemas! (2). Valdría la pena hacer una antología, imposible en estas cuartillas, de todos los aciertos cristianos del heterodoxo Machado sobre el pensamiento aristotélico y pagano de muchos cristianos oficiales. Algún día habrá que hacerla. Como resulta tentador poner en paralelo muchas palabras machadianas y las palabras de muchos padres conciliares del Vaticano II que quieren una Iglesia más evangélica. ¿Quién ha dicho, por ejemplo, que "el latín es uno de los grandes enemigos de Cristo»: el Patriarca Máximos IV o Antonio Machado?**

Y, cuando llegó al fin de su viaje por la vida, entregó todo por los hombres más pobres y desvalidos, lo que equivale a comulgar a Cristo bajo las especies de Pobre, esa otra gran Eucaristía de que nos habló Pascal. Y, porque creyó en el hombre y en su fraternidad, creyó en Dios Padre. Humilde y paciente, desnudo de todo, se entregó a sus brazos, ahora hace justamente veinticinco años.

JOSE JIMENEZ LOZANO

(1) Como no me ha sido posible encontrar el texto español de esta cita machadiana, me he visto obligado a traducirla del francés. Es un signo más de la precaria situación del trabajo intelectual y editorial entre nosotros. De todos modos espero no haber traicionado demasiado la ascética y aguda prosa de don Antonio al efectuar la traducción.

Nuestro agradecimiento debe de ir por los demás a la editorial Losada de Buenos Aires que nos ha permitido conocer casi la totalidad de los textos machadianos.

(2) Habrá que estudiar sobre todo la gran experiencia y crisis religiosa que significó para Machado la guerra civil española, a la que en un momento de extrema amargura llegó a considerar como una especie de "juicio de Dios", una prueba existencial de la Divinidad.

ELEGIA POR UNA ESPERANZA

—¿Adónde va usted? —preguntaban a don Miguel de Unamuno, visitante circunstancial de Madrid.

—Yo —respondía el rector de Salamanca— vengo a saludar al hombre más descuidado de cuerpo y más limpio de alma de cuantos conozco: don Antonio Machado.

«Ya conocéis mi torpe aliño indumentario, decía en uno de sus mejores poemas el poeta. Y en una de sus más penetrantes interpretaciones, Laín Entralgo analiza los modos de vivir efectivamente «pasados». «Muévenos a risa generacional el traje o el aderezo capilar de un poeta en 1910, y hasta podremos poner en solfa, codornicescamente, su «puesta de barba»; pero si el poeta se llama Antonio Machado, leerémos con medular emoción estética y española su poema «Campos de Soria», hacia entonces escrito».

Rubén, el gran americano que iba a ser el maestro de la poesía española en los primeros años del siglo, escucha recogida, emocionadamente los versos de Antonio Machado. «Admirable, admirable», repite con unción.

Pero, ¿cómo era en persona y efigie don Antonio Machado? Rubén Darío nos dice que «su mirada era tan profunda que apenas se podía ver». Y «cuando hablaba tenía un dejo de timidez y altivez» porque «era luminoso y profundo como era hombre de buena fe». El retrato que nos dejó el poeta de Nicaragua es uno de los escasos esbozos del talante de Machado, visto en poesía.

¿Cómo era nuestro poeta en Soria cuando la mano de Leonor aderezó su torpe aliño indumentario? ¿Cómo fué en Baeza, en Segovia, en la Barcelona agitada por una guerra que se le hundía en el corazón?

Nos dicen que gastaba chaquetas amplias, desgastadas por el roce. A veces iba con un sombrero tiernamente ridículo, y su corbata, en un cuello alto y almidonado de la época, pendía muy poco airosamente. Sus pies eran calzados por unas botas poco estéticas y de sus bolsillos sobresalían papeles, cartas, quizá poemas empezados. Cuando la vejez llamara a su puerta usaba un bastón flexible que manejaba torpemente. ¿Qué pensaban de este hombre extraño en los refinados salones de la conspiración y la literatura alambicada?

Como una trágica admonición, don Antonio Machado, el humilde, el soberano poeta de España vivía en oscuridad personal. Sórdidas pensiones de provincias, con una bombilla desnuda en los techos; paradores del camino, áridas lecciones de francés. Y libros, muchos libros. Y paseos, infinitos paseos junto al Duero, bajo los polvorientos olivares, por las callejas de la gran urge. Polvo en la ropa, cansancio en el corazón...

Por todo ello, el día «del gran viaje», el hombre, casi el poeta, va despojándose de todo. De su gabán desastrado y con los aires del camino y el aceite de los mesones, de su ridícula corbata, de sus anchas botas que han acariciado con amor la geografía perdida de España, y tiene que arrojar —ya camino del exilio y de la muerte— su atadijo de ropas. Aún conserva un pequeño maletín negro, en él van sus esperanzas, sus sueños rotos, sus manuscritos, sus versos. También ha de arrojarlo al camino.

Una sábana blanca cubre su cuerpo desnudo. Está en Francia, en un pueblecito de los Pirineos y en la modesta habitación de una pensión humilde. «Desnudo, como los hijos de la mar», según profetizara de sí mismo.

Si la poesía no hablara en su nombre, Antonio Machado hubiera dejado la poesía de su persona. Torpe aliño indumentario que es amor. Aire puro de Soria, la entrañable, Andalucía nativa y trágica, Segovia romana y judía. La piel de toro recorrida a paso lento, desmañado, por un profesor de instituto de chaquetas ridículas; timidez en la voz de quien pide posada, cansancio en las pisadas y miopía en la vista penetrante. Limpieza de alma. Y, mientras la gente pasa indiferente a su lado, el poeta de la mirada miope y profunda lleva dentro de sí su dolor, el dolor de España. Un dolor restallante, de desesperación y desesperanza. La altivez de quien no pide caricia, de quien impreca, insulta, se desilusiona, confía y vuelve a desesperar. La gran poesía, la inmensa poesía de los campos y los hombres de España está inmersa en este hombrecillo de anticuada, a veces lastimosa facha, ese hombrecillo que se acerca a pedir posada, que acepta el tono desabrido de los posaderos de la vida y hurta su mirada sonriendo, disculpándose...

MIGUEL ANGEL PASTOR

HACIA UNA COMPRENSION TOTAL DE MACHADO

CON Antonio Machado se ha hecho un juego sucio. Ante la imposibilidad de negar su genial obra poética y ante la conveniencia de "aprovecharla", mientras se rechazaba al hombre que la produjo, se distinguió entre el hombre y su obra. ¡Qué insensatez!... como si esto fuera posible. Este juego crítico-malabar es propio de un idealismo científico, cuando no de una mala fe, al separar el producto literario de un hombre del resto de sus actos: vivir, toser, explicar francés o votar en unas elecciones. Este juego es propio de quienes juzgan que la expresión literaria es una cosa y otra la vida, propio de quien juzga por ejemplo, que la poesía es un producto excepcional, con un valor absoluto, sin ninguna dependencia al medio, producto segregado en la intimidad el artista hecha absoluta abstracción del tiempo y del espacio por y para la que nace.

Pero esto que no puede hacerse con ningún escritor, mucho menos con Antonio Machado, cuya obra es la expresión de un hombre que vive en la más estrecha fidelidad a su tiempo, cuya obra está en relación de dependencia total al tiempo y al espacio en que surgen.

En efecto, Machado, la obra de Machado, no pudo surgir ni antes ni después, ni fuera de España, ni fuera de la España en que nació. Toda su obra se encuentra situada en unas coordenadas espacio-temporales, entre "este mañana que mira a ayer y este hoy que nacerá tan viejo", "en este rincón de Castilla". Tras la obra de Machado hay una sociedad muy concreta, unas relaciones sociales y unas condiciones de vida a las que es fiel.

Y esta objetividad y esta fidelidad y esta dependencia, son algo consciente en Machado. Su poética es terminante en este sentido: "La poesía—decía Mairena—es el diálogo del hombre con su tiempo", "la lírica sin renunciar a su pretensión a lo intemporal, debe darnos la sensación estética del fluir del tiempo". Y a esta realidad va derechamente el hombre—pensador—poeta A. Machado, sin literatura, porque no era parti-

(Sigue en séptima plana)

EL CABALLO DE TROYA